

gusto escribiría de Fernando el Católico”.

Una empresa literaria que está llevando a cabo Ferdinandy desde hace 50 años es una serie de novelas en húngaro, la historia de una familia que comienza en el 1825, el año de la reforma nacional en el país, y que él piensa llevar hasta el 1919, cuando cae el reino de Hungría. La primera, *Los Szwentgaliak*, apareció en el 1943, cuando el autor tenía 30 años. Ya tiene seis de las siete que ha proyectado. La segunda se publicó en el 1944 y luego hubo un hiato de 37 años y siguió la historia donde la dejó.

Ferdinandy, que viaja ahora frecuentemente a su país natal, cita en broma al *dios de los húngaros*. Explica luego que no se trataba de un ídolo sino de un dios inmortal. “Somos o hemos sido un pueblo del páramo, como los judíos”, dice. “Los pueblos del páramo tienen un solo Dios que es inmortal e invisible. Eso lo trae el

paisaje. Donde hay muchos montes y cuevas hay muchos dioses. Por eso fue tan fácil que Hungría se convirtiera al cristianismo porque el Dios era el mismo; hasta los nombres quedaron”.

La vida del estudioso ha sido asaz interesante. Salió de Hungría durante la II Guerra Mundial en un azaroso viaje que lo llevó a Portugal, en donde fundó, por encargo del Secretario del Estado de su país, el lectorado húngaro en la Universidad de Lisboa. Había escrito varios artículos contra los nazis que le trajeron problemas con la embajada en Portugal. Pasó poco después a la Universidad de Mendoza en la Argentina, adonde recibió una invitación para venir a Puerto Rico. Tanto él como su esposa, Magdalena, enseñaron durante años en Río Piedras. Su retiro actual es tan fructífero que en él se va alargando considerablemente la ya larga lista de títulos que comprende su bibliografía.

ciendo la lucha, convocando congresos, fusilando y capitulando. Se rumoraba que el manuscrito había sido leído varias veces por varios presidentes y comandantes y que muchos de los adjetivos y verbos de la novela habían sido repasados por las miradas de algunos lectores capaces de advertir al paso de la lectura dónde se aflojaba la tierra de la prosa. Por fin, el día menos pensado de la primavera salió publicada la novela. Con bombo y platillos, con pitos y flautas. Con salvas periodísticas y publicitarias que muy pronto se confundieron con los cañonazos de las agueridas polémicas que debía desencadenar *El general en su laberinto*. Hubo, sin embargo, más polvo y más pólvora de la esperada. A los cañonazos y a los fuegos artificiales de la bobería diplomada —que inscribían a *El general* en la novela del Dictador sin atreverse a admitir que Bolívar podía haberlo sido ni a conceder que el personaje inexplicablemente se la había ido de las manos al novelista— sucedió un silencio incómodo y devastador. El desamparo que emanaba de aquellas páginas como un olor fétido a creciente de río molestaba al público que no la compraba o que la compraba para no leerla —como Bolívar mismo con sus bibliotecas— o que la leía a mordiscos o que la leía íntegra y quedaba desmejorado como el que ha pasado en vela una noche al pie de la cama de un enfermo. Qué decepción, las alegres y fáciles comadronas de las leyendas festivas y cursis de otras novelas se habían transformado en un coro de espectros que ululaba América os brinda espléndido festín. Qué tedio, cuchicheaban bajo cuerda los políticos y empresarios que suelen leer resúmenes de libros y que ya se habían acostumbrado a leer completos los de García Márquez siguiendo el ritmo de las frases con una mano de director de orquesta. Todavía —decían— *El otoño del patriarca* —era tolerable porque, al menos, como el viejo dictador perenne estaba echado del lado oscuro de la historia, todos, empujando por el novelista, nos podíamos reír de él, reír hasta compade-

ADOLFO CASTAÑÓN  
(México)

## GABRIEL GARCÍA MARQUEZ El General en su laberinto\*

Cuando salió a la luz *El general en su laberinto* ya todos sabíamos que en la nueva novela se moría Bolívar. Desde un año antes, había empezado a correr la noticia de que García Márquez volvería por sus fueros épicos. Algunos decían conocer el título, se rumoraba que el autor había reunido una documentación prodi-

giosa en torno a la época y al personaje y que incluso había averiguado —era cierto— los días de luna llena en que se desarrollaba la acción. Se corría la voz de que el manuscrito había atravesado varias veces el Atlántico antes de ser publicado, para ser leído por los amigos cercanos y secretos del autor dispersos por todo el orbe, que el novelista había hecho ya varios viajes a Venezuela y a Colombia para entrevistarse con los historiadores silenciosos que gobiernan el pasado como si fuese un vasto imperio donde, después de muertos, los generales y los pueblos siguen ordenando cargas, sublevándose, ha-

\* Ediciones del Equilibrista firmada por el autor México, 1989. Editorial Diana, México, 1989. Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1989. Casa de las Américas, La Habana, 1989. Ed. Sudamericana, Santiago de Chile, 1989. Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1989. Editorial Rondadori, Madrid, 1989.

cerlo. Gabriel García Márquez no podía admitir —aunque lo hubiese descubierto él mismo al bajar al socavón de la historia— que Bolívar era un general más, un visionario mujeriego y mañoso que se le hacía cenizas compasivas al novelista a pesar de sus ganas de admirarlo. ¿Qué se

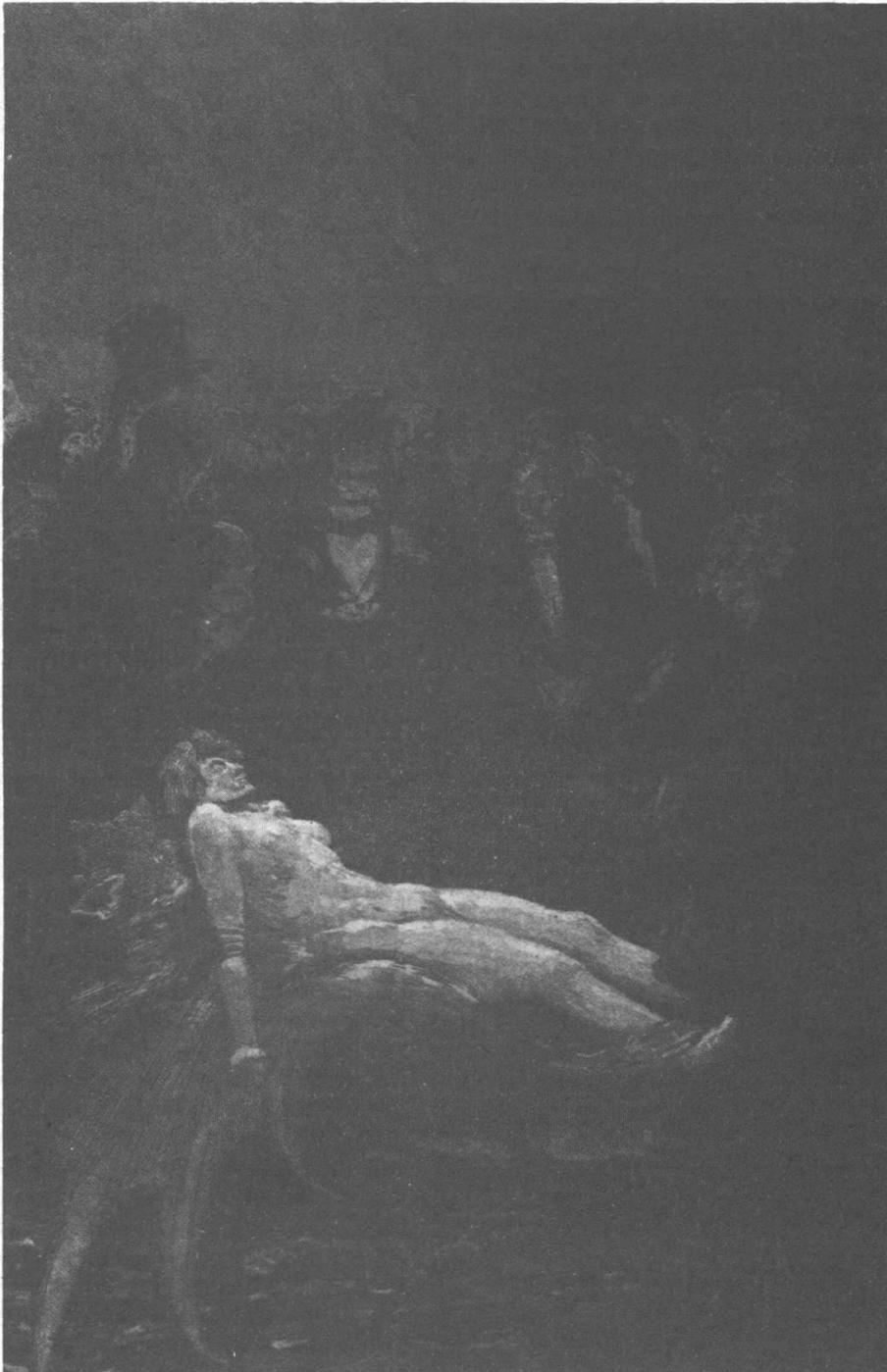
podía hacer de un Bolívar trastabillante e insomne y que no terminaba de bajarse del pedestal, mitad héroe y mitad saco de lágrimas? ¿Quién le podía perdonar al novelista la ingenua astucia de inducirnos a identificar el cuerpo moribundo e increíble del héroe con el continente

desharrapado y sangriento que se nos desmoronaba bajo los pies en el momento mismo en que leíamos la novela? La novela era como una de esas fiebres frías que atacan al que se intoxica y el pobre escritor se había envenenado con el pescado seco de la independencia americana por quererlo ahogar en el caldo corto de la actualidad: “Ahora lo vemos claro. La deuda terminará derrotándonos”.

¿No era una insolencia que el novelista disfrazado de héroe fingiera que se quitaba el uniforme de mármol y renunciaba a las condecoraciones de la leyenda para decirnos que siempre no, que el ideal no sólo no estaba muerto sino que le dábamos asco y lo hacíamos huir de nosotros rumbo a la nada y al carajo? “Vamonós, volando, que aquí no nos quiere nadie”. Del mismo modo que en la novela Bolívar desviaba la cara del espejo para no verse a los ojos, García Márquez disimulaba el pudridero que había encontrado al asomarse a su personaje y el público apartaba la mirada de *El general en su laberinto*. La novela había salido hosca y respondona y, decían algunos, deprimía hasta a los de la casa. Ni siquiera parecía una novela. García Márquez había preferido olvidar la miel de la guerra y recordar la amargura de la política en una novela que se alargaba como una elegía fúnebre y no lograba tenderse al galope tras el héroe.

Buscamos en vano la flauta encantada, los himnos triunfales de sus marchas acuáticas y flotábamos en cambio como ahogados en el moderato lentísimo de la agonía anunciaba, un adagio que se alargaba en un largo adiós a la Razón. Dentro de Bolívar, la pelea la habían ganado los bárbaros. García Márquez había hecho suyo a Bolívar en el momento menos interesante, cuando éste se despedía de la razón. Los libros, las ideas, la conversación, los ideales de la cordura y la moderación, la alegría de vivir en y para la sociedad —y no como un desclasado que quiere destruirlo todo—, la intuición o la esperanza de que es posible una archi-

KLINGER. De la serie: “A Life: Caught”.



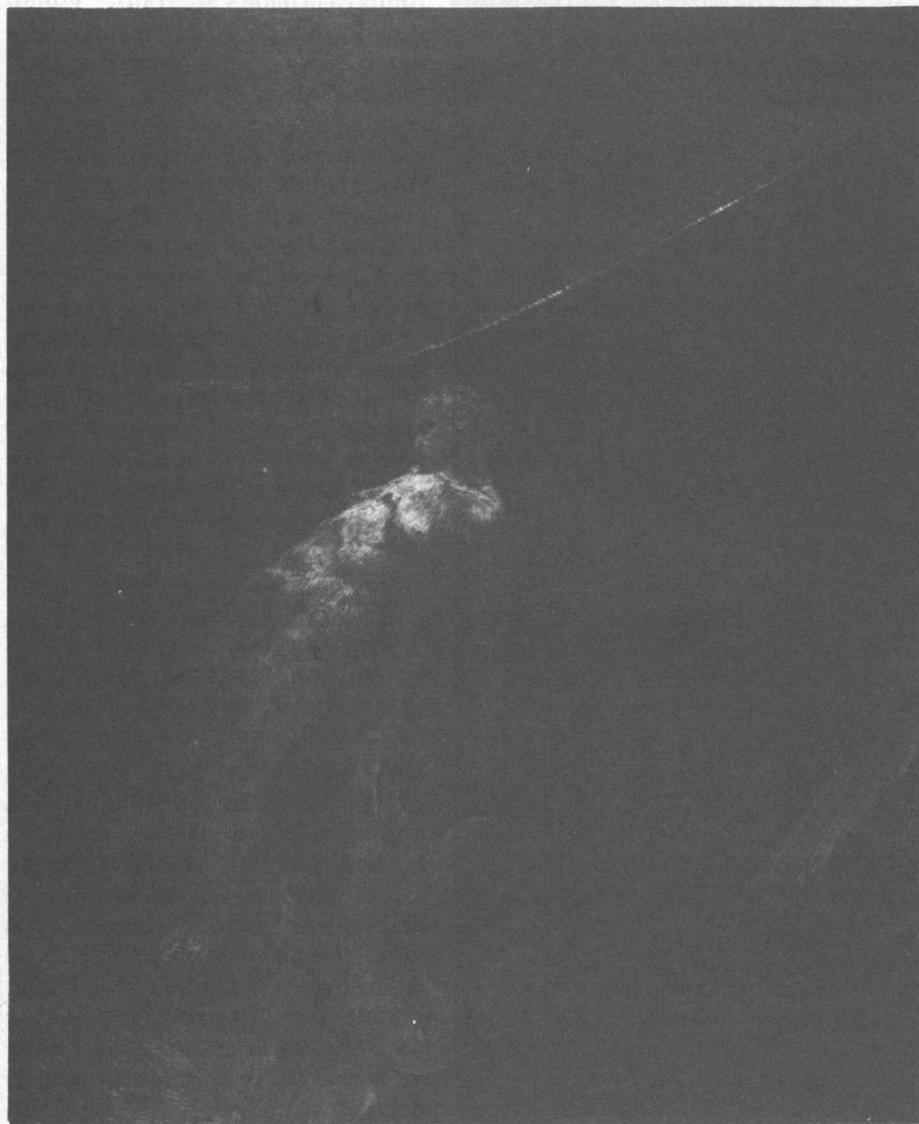
tectura de la Historia, todo se cerraba en el momento en que se abrían de par en par las puertas del laberinto. Nada. Ni era Bolívar ni era un personaje. Para personaje le sobraban referencias, alusiones, citas y cronología. Para Bolívar le sobraba pudor y le faltaban ideas. El novelista se había quedado corto en la desmitificación. Lo inhibía la historia. Daba demasiadas explicaciones que nadie le había pedido ni tenía por qué dar en un epílogo que tampoco explicaba cómo había logrado salir del inacabable laberinto de la biblioteca bolivariana. Se decía que el escritor había sucumbido al estupor de su propio paludismo americanista y que había caído en la tentación de

escribir una novela cuyas emociones estaban congeladas en una doctrina previa. Por ejemplo, ¿qué diría un sueco de *El general en su laberinto*? ¿Podría prescindir la lectura de toda la carga de supuestos en que se apoyaba la novela? Qué importaba: Gabriel García Márquez había escrito una de las novelas más limpias del castellano moderno y, al menos en este caso y a pesar de todas las apariencias, había mandado a volar a los lectores fáciles que hasta ahora habían sido su capital más seguro.

Ojerosos, fanés, descangallados, los lectores se desmayaban de tristeza con la novela entre las manos, les entraba una muina sombría y se iban a releerla como personajes de Poe

que se encierran a piedra y lodo con la novia muerta y la lloran y la coronan amortajada. No faltaban las lenguas maliciosas; para unos, la novela era o un homenaje o una traición al Comandante Fidel; para las de aquí, García Márquez se había desilusionado de Bolívar a media novela y lo había dejado caer; para las de allá, en realidad *El general en su laberinto* era el Che Guevara, un trasunto simbólico del guerrillero fracasado que llevamos dentro y que un buen día se despierta y se da cuenta de que la Historia ya no está ahí. Y todo esto en susurros, sin levantar la voz, con tonos de cuchicheo, por favor silencio, qué falta de respeto al difunto. Los revolucionarios de capa caída leyeron la novela con pasión resucitada, con llorosa nostalgia de los buenos tiempos en que hasta ellos mismos creían en la acción. García Márquez se les aparecía como el Proust de la ideología, ahí tienen a *El general en su laberinto* en busca del poder perdido, y glosaban y generalizaban y bolivareaban con una compostura desengañada y decadente que les permitía hablar de su desbandada en términos nobles y elegantes y con un vago vaho de rancia aristocracia desahuciada. En cambio, los sociólogos liberales, la cáfila de weberianos improvisados bajo las palmas, había recibido a la novela con los cuadernos abiertos, los lápices extendidos y serpentinadas de colores entre las páginas y con castillos de fichas y tarjetas. Comprobaban un fracaso en cada héroe, en cada uno una puerta en ruinas que llevaba a un continente en el que el hambre, la pobreza y la violencia habían realizado la unidad sin siquiera proponérselo. A los sociólogos les encantaba aquella herida del carisma que calaba al héroe hasta los huesos, la falta de poder que lo disminuía hasta matarlo. Demostraban su alegría con citas, que si la anemia del carisma iba chupando al cuerpo hasta el esqueleto, que si al retirarse del cuerpo de El General la gracia fosforescente que otorga a los reyes el poder divino de curar a sus súbditos arrastraba todas las energías y dejaba a Bolívar —el hombre que no qui-

KLINGER. De la serie: "A Life: Back into Nothingness".



so ser rey— sumido en una amnesia emotiva e intelectual que le impedía reconocerse a sí mismo en los gestos y en las palabras del héroe. No faltaban, desde luego, los apocalípticos que establecían ociosos paralelismos entre el cuerpo maltrecho del general y las ruinas de una América desvertebrada, atacada de una leucemia histórica que le impedía formar un esqueleto aristocrático capaz de sostenerla. Los apocalípticos, los pesimistas de las profecías lúgubres, la logia negra del triste destino de América abusaba de los guiños que hacía la novela a la actualidad histórica y pretendían haber encontrado en ella las líneas necesarias para dar un baño de buena ley a sus sentencias sobre la inabordable realidad americana: “Por favor, carajos, déjenos hacer tranquilos nuestra Edad Media”.

No terminaba ahí la procesión de lectores, pero un sentimiento común los iba uniendo a todos, como deudos en torno a un muerto, alrededor de la novela: que el *crack*, el hundimiento del dandy de leyenda llamado Bolívar que compartía con Puschkin hasta unas gotas de sangre negra y que había dado nombre al barco en que Byron zarpó para Grecia, no era en modo alguno el derrumbe de una sola persona sino que expresaba la zozobra en la vulgaridad de todo un continente. No iba a ser fácil recordarles a los latinoamericanos que todos los héroes de su Independencia eran hijos de una madre —“¡Putá patria!”— que se había muerto en el parto.

Habían pasado las épocas en que sus novelas eran esperadas como un cometa milagroso que devolvería la vista a los ciegos. Ahora, en la edad del desamparo, se iba larvando un rencor glacial contra el novelista y su mundo. Eran, en el fondo, la misma orfandad exasperada, la unánime cadena de la auto-denigración que recorre a América Latina. ¡Y precisamente ahora aparecía García Márquez con sus aires de brujo triste para decirnos que América era como *El general en su laberinto*! Ni se iba ni se moría. Se despedía para que-

darse. ¿Ese era el mensaje del novelista laureado? ¿Que todavía teníamos por delante un calvario? ¿Que no nos hiciéramos pajas, que no nos embobara la canción del progreso porque todavía nos faltaban años de ser orinados por los perros, siglos de estupor insomne en la hamaca de la Independencia?

Si América era un general ensimismado en su aura sombría, una patria grande pero hecha de ceniza y

sembrada de traición y de peste, ¿por qué entonces no cambiábamos al general marquesino por el capitán de Whitman? Y por todo esto y por todo lo demás, *El general* fue recibido como se recibe una crucifixión innecesaria y de mal gusto en vísperas de las vacaciones de Semana Santa. Era incorregible el abuelo Gabriel. Seguía con sus visiones en el momento mismo en que ya estábamos vendiendo la casa.

POLICARPO VARON

## LA LITERATURA, LA OBRA PROPIA: BIOY CASARES HABLA CON JOVENES

Adolfo Bioy Casares: narrador de historias de amor, de historias fantásticas, poeta casi secreto, autor de un libro de ensayos, de traducciones, de antologías, de guiones... Rasgos admirables de la vasta obra de Bioy Casares son su conocimiento de personajes y espacios, su español sencillo y estudiado, su gracia, su poética (dominio y análisis de la tradición y de los procedimientos personales), una reticencia encantadora o enterada.

Bioy Casares nació en 1914 en Buenos Aires. Procede de la clase rica y culta. Con contemporáneos —asegura que su relación con ellos es ejemplar— jugó fútbol, tenis, rugby. Declara que por enamoramiento o por necesidad expresiva empezó a “componer” y a “redactar” narraciones.

Ha contado Bioy que, en la juventud, lo visitó el sueño de convertirse en campeón mundial de tenis. En 1940 publicó *La invención de Morel*, un notabilísimo relato de imaginación que ocasionó un largo reconocimiento. Los libros previos a la novela mencionada han sido olvidados u omitidos —justamente— de su bibliografía. De 1940 a hoy Bioy Casares

ha publicado novelas, colecciones de cuentos algunos de los cuales han sido adaptados al cine; su vida —aca-so— es enteramente literaria.

Las conversaciones a las que voy a referirme —*Bioy Casares a la hora de escribir*— (1) fueron realizadas en los años de 1984, 1987 y 1988 por el taller literario que coordina uno de los compiladores. El texto consta de preguntas y respuestas sobre aspectos concernientes a la vida y el ejercicio literario de Bioy Casares: la decisión de escribir, el oficio literario, la ficción: materia y forma y preferencias, memorias y amistades.

“Me atrevo a dar el consejo de escribir, porque es agregar un cuarto a la casa de la vida. Está la vida y está pensar sobre la vida, que es otra manera de recorrerla intensamente [...]. Además escribir es un intento de pensar con precisión”, el tono menor de Bioy Casares, el énfasis gobernado es legible en su narrativa; en estas reflexiones su austeridad sabia habla de autores preferidos, de

(1) Cross Esther y Della Paolera Félix, *Bioy Casares a la hora de escribir*, Barcelona, Tusquets Editores, 1988, 128 pág.